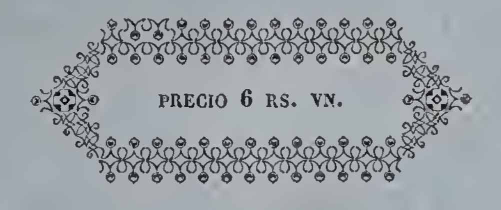
MUSEO DRAMATICO,

ó

Coleccion de Comedias del teatro estranjero.

ACTRIZ, MILITAR Y BEATA,

COMEDIA EN TRES ACTOS.



39.

MADRID.

D. A. HERMOSO. Calle Mayor, 4

D. PEDRO SANZ. Calle de Carretas, 39.

D. A. ESCAMILLA. Calle de Carretas.

Y en el Gabinete Literario, calle del Príncipe.

1844.

ACTRIZ, MILITAR Y BEATA.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Escrita en francés por Mr. Dupeuty

(Traducida por J. V.) D. J. V.

PERSONAGES.

RAYMOND.	MARIA, pupila del mismo.
PABLO RAYMOND, su hijo.	SERAFINA, doncella de Luisa.
RIGAUD.	UN SENADOR.
POMPEYO, sargento de húsares.	UN EMBAJADOR.
JULIO, inspector de música.	UN CRIADO.
LUISA, pupila de Raymond.	UN ALDEANO.

RECLUTAS, DAMAS Y CABALLEROS.

La escena pasa en el primer acto en una aldea de Borgoña en 1802; el segundo en París á principios del Imperio; el tercero en una casa de campo en Sajonia en 1813.

ACTO PRIMERO.

Patio de la casa de Raymond, puerta grande al fondo y laterales: por la puerta del fondo se verá la calle.

ESCENA I.

RAYMOND, PABLO, POMPEYO, *sentados á una mesa bebiendo, poco despues* RIGAUD.

POMPEYO.

A vuestra salud.

RAYMOND *y* PABLO.

A la vuestra.

POMPEYO.

Ciudadano Raymond, á fe de Pompeyo, oldado de primera clase en el sesto regiiento, que mereceis mi estimacion... Enviao al distrito de Borgoña para buscar reclutas oluntarios, me dais un vino que no lo es, sta su respetable edad; repito que sois reedor á mi estimacion.

RAYMOND.

Qué quereis? antiguo organista de la cateal de Seus, hice dimision como músico, ro...

POMPEYO.

Pero no como Borgoñon?.. esto se llama un francés!.. estoy contentísimo con vosotros... y vuestro vino, ciudadanos, aunque me enfada algo el no llevar conmigo este buen mozo (*por Pablo*) haria honor al regimiento.

PABLO.

Gracias por el cumplimiento, camarada... pero no me creo destinado para la carrera militar.

POMPEYO.

Basta, entiendo: se tiene miedo al cañon, eh?

PABLO.

Miedo! oh! no lo creais; amo como vos á mi patria, este corazon late como el vuestro á la nueva de una victoria; pero tengo un padre que no quiero dejar y cierta esperanza que me promete la felicidad; escuso en un antiguo soldado las palabras que no hubiera pronunciado otro impunemente.

POMPEYO.

Bien dicho, voto á tal... tocad mi mano... es inútil hablar mas de ello... pero no sabeis lo que vale la caballería!

RIGAUD, *entrando.*

Oh! mucho! mucho!

POMPEYO.

Quién es?

RAYMOND.

Nuestro vecino Nicasio Rigaud.

POMPEYO.

Ciudadano, os tomo bajo mi proteccion.

RIGAUD.

A mí? para qué?

POMPEYO.

Para que entreis en la caballería que tanto os gusta segun parece.

RIGAUD.

Cá! si no me habeis entendido... la elogio siempre porque tengo un tio con mucho dinero que ha ganado y gana herrando; soy su heredero, su hijo único... es decir, su sobrino, y ya veis, naturalmente debo alabar lo que me hará millonario cuando él se muera.

Suena una trompeta.

POMPEYO.

Ya es la hora de la inspeccion de los reclutas... Adios amigos mios... pues no os tira la carrera de las armas, no hay mas que decir... (*mirando á Pablo*) qué lástima! haria un buen oficial de húsares... en cuanto al otro, me parece que hubiera ascendido... á trompeta.

ESCENA II.

Los MISMOS, *menos* POMPEYO.

RAYMOND.

Tienes razon, hijo mio, mas vale estar á mi lado que correr tras una gloria vana, y ademas aqui está ella para disminuir el precio del sacrificio.

PABLO.

Si, padre mio.

RIGAUD.

Cuánto me gusta esa dulce filosofía! sí, sí, quedémonos en la aldea, casémonos y algun dia dirán de los dos: cultivaron sus tierras, fueron felices y tuvieron muchísimos hijos!

PABLO.

Habeis adivinado cuál de vuestras dos hijas adoptivas ha fijado para siempre mi corazon?

RAYMOND.

Aun lo dudo.

RIGAUD.

Pues yo no. Pero necesito que lo diga pronto; para saberlo de fijo, deseo que diga: esta ó la otra quiero, para que en seguida escoja yo libremente á la otra ó á esta.

RAYMOND, *sonriendo.*

Cómo?.. piensas casarte con una de mis pupilas?

RIGAUD.

Porqué no? bien sé que mi tio me tiene muy mal vestido y me obliga á llevar escarpines de madera, (*enseña los zuccos*); pero cuando rece por su alma, me compraré hermosos vestidos y botas mas finas que el papel.

PABLO, *con alegría.*

Con qué quieres que me pronuncie?

RIGAUD.

Y ahora mismo.

PABLO.

Pues bien, amigo mio, mi querido padre... de las dos hermanas, la que amo, la que amaré mientras viva, es... Luisa.

RAYMOND.

Luisa?.. Luisa has dicho?

RIGAUD.

Pues no lo habeis oido? y yo por consecuencia, prefiero á la señorita María.

PABLO.

No os gusta mi eleccion, padre mio?

RIGAUD.

Ni á mi.

RAYMOND.

María es tan buena, tan franca... no es caprichosa, nunca tiene mal humor.

RIGAUD.

Sin contar la educacion que tiene y á mí me falta.

PABLO.

Es encantadora, y ella sola parece ignorarlo: siempre ocupada en la dicha de los otros, no piensa jamás en sí propia, es una criatura angelical, perfecta... pero Luisa es tan hermosa!

RAYMOND.

Algo ligera y coqueta.

RIGAUD.

Lo cierto es que le gusta hacerse la amable con todos: pregúntaselo al hijo del maestro, al sobrino del alcalde, en fin á todos los buenos mozos del pueblo, sin contar conmigo.

PABLO.

Bá! se burla de vosotros, pero estoy seguro de que me prefiere.

RIGAUD, *aparte.*

Vanidoso!

RAYMOND.

Escucha, Pablo, yo prometí á su padre en la hora de su muerte que te casarias con una de las dos; ya que has elegido á Luisa, no te negaré mi consentimiento; pero creo que te engañas si esperas el suyo.

RIGAUD.

Es posible?

PABLO.

Esplicaos!

RAYMOND.

Ya conoces su vocacion decidida por la música, sus sueños de gloria, de celebridad... pues bien! debo decirte que de un momento á otro espero aquí á uno de mis discípulos que se la va á llevar á París.

PABLO.

Cómo! consentireis semejante locura.

RAYMOND.

La consiento porque estoy seguro de que ella hará lo que quiera, diga yo lo que diga.

PABLO.

Y yo estoy seguro de que renunciará á su proyecto cuando sepa lo que la quiero.

Se oye llegar un coche.

RAYMOND.

Qué ruido es ese?

RIGAUD, *mirando.*

Una silla de posta que se ha parado... baja un personaje... no, un hombre bien abrigado.

RAYMOND, *tambien mirando en el fondo.*

No me engaño!.. es el original de Julio.

PABLO, *aparte.*

El diablo lo lleve.

ESCENA III.

Los MISMOS, JULIO *en traje de camino ridículo.*

RAYMOMD, *yendo á su encuentro.*

Por aquí, por aquí.

RIGAUD, *mirando á Julio.*

Cuando pienso que me vestiré asi en cuanto se muera mi tio, casi deseo...

RAYMOND.

Mi querido Julio! mi buen discípulo.

JULIO, *con importancia.*

Decid, decid lo que gusteis... os autorizo para ello... los honores no me han cambiado, soy el mismo.

RIGAUD, *aparte.*

Entonces siempre ha sido muy feo!

RAYMOND.

No reconoceis á mi hijo?

JULIO.

Qué?.. este jovencillo sería?..

RAYMOND.

Pablo Raymond.

RIGAUD.

El mismo.

JULIO, *mirando con el lente á Rigaud.*

Quién es este?

RAYMOND.

No hagais caso, es un vecino.

JULIO.

Dadme la mano querido Pablo... dádmela.

Rigaud le alarga la mano y Julio se la da á Pablo.

PABLO, *dándosela con disgusto.*

Ciertamente... yo... (*aparte.*) Este hombre me fastidia.

JULIO, *aparte.*

Parece que adivina que le voy á quitar á la jóven... (*alto*) ya lo veis señor Raymond, vengo á vuestra casa sin ceremonia... sin ruido... sin comitiva... pero mis criados...

RAYMOND.

Ya se tendrá cuidado...

JULIO.

Bien sabeis que no soy exigente; decidme, mis cofres, paquetes, cajas...

RAYMOND.

Será llevado todo á vuestro cuarto.

JULIO.

Os suplico que no os incomodeis... no gasteis cumplimientos, como si estuviera en el campo... con tal que no espere, y sea servido al minuto, estoy contento, y no me quejo nunca.

RIGAUD, *aparte.*

No seria yo tu criado.

JULIO.

Pero cómo es que aun no he visto á la encantadora Silvia de la aldea, de la que me habeis hablado por cartas?

RAYMOND.

Ya la vereis.

JULIO.

Ah! ya comprendo, hay algo de coquetería; se estará adornando, eh?.. ya se vé, no todos los dias se recibe á un personaje de mi importancia... me parece que yo tambien deberia arreglarme un poco... el viaje me habrá marchitado horriblemente... estaré espantoso, no es verdad?..

RIGAUD.

Ah! si... (*reprimiéndose*) quiero decir, no tal

JULIO.

Son tan fatigosas las altas funciones de que estoy investido... porque soy en el dia el inspector general de música... (*movimiento general*) El cónsul es un gran hombre, sabe escojer lo bueno... durante la tormenta revolucionaria, nosotros los ruiseñores, buscamos un clima mas templado; pero despues de la tempestad, sacudimos nuestras álas...

RIGAUD.

Y volvisteis al palomar?

JULIO.

Callad... (*siguiendo*) Pero la emulacion de ahora es tan mezquina!.. El ejército lo devora todo... Creereis que un virtuoso como yo apenas gana dos veces mas que un general?.. ese és un abuso escandaloso! (*Pablo hace un movimiento*) Parece que no sois de mi opinion querido Pablo.

PABLO.

Digo lo que vos... que es un abuso escandaloso!! Si; demos sin tasa á nuestros artistas de talento, gloria y riquezas, pero acordémonos tambien del militar valiente que espone su vida por defender la patria, y muere bendiciéndola.

JULIO, *apretándole la mano.*

Amigo mio ese es un escrúpulo que respeto, pero que no tengo... porque en fin, es menester conocer que no todo son flores en el camino que yo sigo... siempre de viaje buscando las mejores voces departamentales... precisado á tener una berlina para correr la posta... obligado por el qué dirán á detenerme en las mejores fondas, á estar de convite casi todos los dias... no poder rehusar un baile, una fiesta, un concierto... esta vida es odiosa... tiránica... no tengo un minuto para disponer de él...

RIGAUD.

A fe mia que sois muy desgraciado.

JULIO, *continuando.*

Hay tambien algunas ventajas... por ejemplo, la de llevar alguna de esas maravillas, de las que París es siempre tan ávido...

PABLO.

Y sin duda en este viaje habreis ya encontrado individuos para todos los empleos de la gran ópera? no necesitareis á nadie?

JULIO.

Al contrario mi viaje ha sido malísimo, no he hallado una sola voz digna de la capital.

PABLO.

No sé si sereis aqui mas dichoso.

JULIO.

En cuanto oiga á esa hermosa jóven, estoy cierto de que esclamaré, bravo! bravo! adorable!.. entonces le firmo una escritura soberbia, subimos al coche, y en menos de dos dias estamos en París.

PABLO, *aparte.*

Luisa partir con este hombre, oh! es imposible.

LUISA, *dentro.*

Ven, María.

RAYMOND.

Ahora la podeis ver, porque ya viene.

JULIO.

Ay Dios mio!.. y mi toilette? pronto, amigo, indicadme mi cuarto... que busquen á mi ayuda de cámara, que traigan mi necessaire de camino, mis perfumes, mis aguas de olor... me marcho oruga, y volveré mariposa.

Se va por la izquierda cantando.

ESCENA IV.

RAYMOND, PABLO, RIGAUD, *despues* LUISA, MARIA.

PABLO.

Qué hombre tan insoportable! y á él confiariais, padre mio, el porvenir de la que tanto queremos?

RAYMOND.

No es mi hija, querido Pablo, todo depende de ella.

LUISA, *entrando vivamente.*

María, que despacio andas! Cuando te digo que he visto el coche, los criados, que ya ha llegado.

MARIA.

Y qué me importa á mi? buenos dias padre; hermano buenos dias.

RIGAUD.

No se acuerda de mí!

LUISA, *riendo.*

Adios mostrenco.

RIGAUD, *riendo.*

Esta á lo menos, siempre me dice algo bueno.

LUISA.

Ha preguntado por mí el ciudadano Julio? se ha mostrado muy galante?

RAYMOND.

No va á estar aqui mas que una hora, y si el exámen sale bien, antes de la noche te lleva á París.

LUISA, *con alegría infantil.*

Ah! qué dicha!

PABLO.

Con qué es verdad Luisa, vuestro solo deseo es alejaros de aqui, del que os ha servido de padre, de mí que soy vuestro hermano, de María?...

RIGAUD.

Y de mí!

MARIA.

Oh! aun no se ha marchado.

LUISA.

No, pero me marcharé.... yo quisiera que vinierais todos; formariamos una compañía completa, yo la prima donna, papá Raymond el primer bajo, Pablo, tenor, María contralto... y estoy segura de que Rigaud haria furor en los caricatos.

RIGAUD.

Sí, con el colorete y mi gran cuello de picos.

LUISA.

Pero desgraciadamente no puede ser.... no estais poseidos del fuego sagrado.... en lugar que yo no pienso mas que en el teatro, en mi primer salida, en los aplausos, en la gloria.... El teatro para mí es el porvenir, la fortuna, la libertad.

MARIA.

Eres una loca! pero háblala, Pablo, dila cuál es su deber.

PABLO.

Qué la he de decir, cuando acaba de confesar que su sitio no es este.... que sus amigos no deben ser unos pobres habitantes de aldea?

LUISA.

Qué no fueseis como yo! qué no buscaseis un destino mas brillante!

RAYMOND, *bajo, á Pablo.*

Lo has oido?... Tu eleccion es irrevocable?

PABLO, *con firmeza.*

He tomado mi partido.

RAYMOND, *aparte.*

Qué querrá decir? (*alto*) Mi querida Luisa, yo no puedo nada contra tu voluntad... pero reflexiona...

LUISA, *mimándole.*

Mi querido papá Raymond, bien sabeis que yo nunca reflexiono.

PABLO.

Venid, padre mio.

RAYMOND.

María contamos contigo.

MARIA.

Descuidad.

Raymon se va con Pablo por la izquierda.

RIGAUD.

Contamos con vos. (*aparte*) Vamos, vale mas la que he escojido, á la fuerza.

Se va por el fondo.

ESCENA V.

LUISA, MARIA.

LUISA.

Se han enfadado conmigo.... pero ya les escribiré desde París unas cartas muy cariñosas.

MARIA.

Tal vez pueden equivocarse... si es por tu dicha, deberian ser los primeros en decirte, vete, pero ten cuidado, Luisa, porque dicen que el gran mundo, y sobre todo el teatro, no son sitios muy católicos.... que hay mil riesgos....

LUISA.

Oh! no los temo!... y ademas no conoces cuánta gloria será para mí el dar celebridad á la pobre aldea que me ha visto nacer? yo quiero, así que haga fortuna, volver aqui con gran tren.... no por eclipsar ni humillar á nadie...lo que no deja de ser halagüeño, sino para hacer bien á los pobres, y abatir á los ricos orgullosos.

MARIA, *con ironía.*

Esta buena Luisa!

LUISA.

Sí, soy buena.... me acusan de coqueta, es verdad que lo soy un poco... pero si supiesen por qué... por caridad... no puedo ver sufrir....

MARIA.

A un desgraciado?

LUISA.

Aun enamorado, que es lo mismo... Cuando veo que uno me mira suspirando, qué hago? le miro, y suspiro tambien.... le doy esperanza, y la esperanza hace vivir... no hay una casa de beneficencia que haya conservado la vida á tantos infelices como yo.

MARIA.

Me haces temblar con tus ideas.

LUISA.

Es porque no me comprendes; tienes gus-

tos muy vulgares, en lugar de perfeccionar tu bonita voz, de pasar tus ligeras manos por el clave, te gusta mas estropeártelas cultivando un jardin de plantas botánicas para los enfermos necesitados...

MARIA.

Qué quieres? soy del campo y me gustan esas cosas que á ti te desagradan.

LUISA, *con fuego.*

Ah! si tu supieses lo que es un sentimiento que nos conduce, nos arrastra, nos domina...Una vocacion imperiosa, irresistible!

MARIA.

Y quién te ha dicho que no tengo yo la mia?

LUISA, *admirada.*

Calla! querrás tú tambien conquistarte un nombre... una reputacion!

MARIA.

Sin duda.

LUISA.

Pero, esa vocacion?..

MARIA.

Te burlarias de mí si te lo dijera.... y ademas tu que tienes ideas tan elevadas lo sentirías mucho; por lo mismo quiero callar.... pero es igual, es una cosa que debe ser, y será.

LUISA.

María, sabes que soy curiosa, y me ocultas tu secreto.... eso no es bien hecho.... yo no soy tan callada y todo el mundo lo sabe.

MARIA.

Con qué estás decidida? Nada te impedirá el partir?

LUISA, *con malicia.*

Ni á ti el que te quedes.... á cada una el camino que le marca la suerte; á mí el ruido, las emociones del mundo y el teatro... á ti, María, la aldea, la dulce oscuridad, un solo amor; porque ese gran secreto que quieres ocultarme.... lo he adivinado.... es el amor.

MARIA, *admirada.*

El amor!.. Si entiendo lo que me quieres decir.... He pensado yo nunca en esas tonterias?

LUISA.

Hazte la discreta... Como si el papá Raymond no dijese todos los dias que su querido hijo idolatra á una de las dos.

MARIA.

Sí, una de las dos; pero no soy yo.

LUISA, *sonriendo.*

Sería yo por casualidad? (*con tono sério*) Cómo? calumniais así á Pablo?.... tiene demasiado juicio para amar á una atolondrada como vuestra hermana.

MARIA.

Pero si nunca me ha dicho nada.

LUISA.

Razon de mas, la timidez...

MARIA.

Razon de menos.... en cuanto á mí lo mismo pienso en eso, que en arrojarme al rio.

LUISA.

Te digo que te ama.

MARIA.

Está bien!

LUISA.

No has notado con qué dulzura te habla? con qué cariño te mira?

MARIA.

Quíeres callar?

LUISA.

Te repito que te ama, que te adora, testaruda.... yo bien lo conozco.

MARIA.

Luisa.... vamos á reñir si me dices eso.

LUISA.

Bien... él debe contarte, y no yo, su doloroso martirio.... Ay! Dios mio! ya me olvidaba de repasar la romanza que debo cantar delante de ese ciudadano; si no le gusto, si rehusa el llevarme.... dicen que es dificil de contentar... Te dejo con tus profundas reflexiones.... adios hermanita... (*haciéndola una cortesía*) hasta luego, ciudadana Raymond.

Se va por la derecha.

ESCENA VI.

MARIA.

Será posible! Pablo me amará? querrá que sea yo su muger, oh! pero yo no quiero casarme.

Queda absorta en sus ideas

ESCENA VII.

MARIA y RIGAUD.

RIGAUD, *aparte.*

Está sola y pensativa.

MARIA.

Ese pícaro amor, me dá á un tiempo pena y placer.

RIGAUD, *aparte.*

Es el momento mejor para declararme.... (*alto*) María.

MARIA, *levantándose.*

Ah! eres tú, Nicasio? No te habia visto.

RIGAUD.

Sería porque estábais vuelta de espaldas.

MARIA.

Conozco por tu turbacion que me tienes que decir algo.

RIGAUD.

Lo habeis acertado; pero no sabeis lo que quiero.

MARIA.

No por cierto.

RIGAUD.

Pues quiero... que me querais.

MARIA.

Quererte! Sí te quiero, amigo mio.

RIGAUD.

Sí, sí.... pero yo quisiera que fuese de otro modo... vos no ignorais que tengo un tio.

MARIA.

Sí, el que está ahora en Vermenton.

RIGAUD.

Pues bien, cuando yo sea propietario de su haber, y me vista á la moda, vereis un buen mozo! oh! el mejor de la aldea!

MARIA.

Ciertamente, y no faltarán bonitas muchachas que se quieran casar contigo.

RIGAUD.

No las quiero... me he hecho una promesa á mí mismo, y soy incapaz de faltarme á la palabra.... he jurado que no me casaria sino con una de las dos hermanas, sea Luisa, sea María.

MARIA, *aparte.*

Otro amante! hoy llueven!

RIGAUD.

Con que si os conviene idolatrarme...

MARIA.

Ah! Con qué es á mí á quien das la preferencia?

RIGAUD.

No os negaré que tengo cierta inclinacion por Luisa.... pero un amigo está enamorado de ella como un loco.

MARIA.

Un amigo!

RIGAUD.

Y de manera que ha perdido la gana de comer, dormir y beber.

MARIA.

No es estraño, mi hermana es tan linda...

RIGAUD.

Y vos tan guapa!... tan gordita!... tan graciosa!...

MARIA, *con indiferencia.*

Y ese amante, ese dichoso rival, al cual no quieres tú disputarla, es sin duda alguno del pais, un vecino, un jóven rico y buen mozo?

RIGAUD.

Es Pablo!

MARIA, *con gozo.*

Pablo?

RIGAUD.

Sí, Pablo Raymond.

MARIA, *aparte.*

Oh! qué alegria!

RIGAUD.

Bien conocereis que á otro no le hubiera temido, teniendo tantas ventajas físicas.

MARIA.

Y Pablo te ha dicho á ti mismo que quiere á Luisa?

RIGAUD.

El mismo. Nos hemos esplicado los dos como un par de amigos.

MARIA, *aparte.*

Bien sabia yo que no era á mí á quien amaba. Al menos no haré su desgracia.

RIGAUD.

De manera que él, que pierde el juicio por Luisa....

MARIA.

Sí, sí...

RIGAUD.

Y yo no teniendo rival por vuestro lado debo obtener la palma.... con que sentenciad.

MARIA, *aparte.*

Tambien ella le debe querer... (*reflexiona*) Oh! sí por cierto.

RIGAUD.

Que callada está!.... no es eso natural en las mugeres... se me figura que la he trastornado con mi proposicion.

UN ALDEANO, *que atraviesa por el fondo.*

Rigaud, teneis una carta; en vuestra casa la he dejado.

RIGAUD.

Una carta! Oh! si fuera....

MARIA.

Sí, debe ser un negocio muy importante, ves amigo mio... adios, Rigaud, adios mi buen amigo.

RIGAUD, *imitando á María con ridiculez.*

Adios, Adios María, adios amiga mia. (*aparte, yéndose*) Tan gordita.... tan graciosa!...

Sale por la puerta del fondo.

ESCENA VIII.

MARIA, *bajando á la escena.*

Podré cumplir el voto que hice en mi infancia, y sin dejar aqui ningun recuerdo, ellos serán dichosos, dichosos para siempre. Pero si Luisa se empeña en marchar... hagamos su felicidad á pesar suyo; si el ciudadano Julio la vé le gustará, y todo se ha perdido.... (*se oye á Julio cantar dentro*) El viene!... Qué hacer? Oh! si me atreviera... por qué no? Tiene aire de nécio, no será difícil de engañar.

ESCENA IX.

JULIO, *con traje exajerado y* MARIA.

JULIO.

Me parece que estoy bien.... solo temo turbar el reposo de un ángel con esta figura seductora... (*dando una vuelta*) Ah! aquí está. (*saluda*) No me habia engañado, encantadora aun con el traje de los campos.

MARIA, *aparte, despues de saludar.*

Me cree Luisa.

JULIO.

Bella sirena, á juzgar por esa linda figura y por las noticias que tengo debeis encantar, trasportar á todo París.

MARIA.

Os han alabado segun veo demasiado á una pobre aldeana.... Nadie es aqui difícil de contentar.

JULIO.

Perdonad, perdonad, el ciudadano Raymond es un maestro de primera clase, profesor de los discípulos mas piramidales.... él me ha formado á mí!

MARIA, *aparte.*

Voy á cantar mal... se pondrá furioso contra mi tutor; y tal vez se irá sin ver á Luisa.

JULIO, *sentándose.*

Podeis empezar.

MARIA.

Estoy buscando el tono.

JULIO.

Tal vez no estareis en voz, querida... sucede á menudo... nosotros tenemos en la ópera cantantes que nunca lo estan... eso no les impide cantar y hacerse pagar bien caro.

MARIA.

Oh! No es por eso... al contrario, hoy estoy de voz mejor que nunca.

JULIO.

Entonces empiece el exámen... silencio en el ritornelo. (*canta*) Trala la, tra la la, de ri de ra, ya sabeis, es un dos por cuatro... vamos.

MARIA, *canta.*

Adios...

JULIO.

Qué cantais?

MARIA, *canta.*

Adios tranquila mansion

JULIO.

Pero qué tono es ese?

MARIA.

El conocido por todos los que cantan en la aldea.

JULIO.

En mi vida lo he oido.

MARIA.

Es que no habreis hecho mucha atencion; oid bien. (*canta*)

Para mí siempre querida

JULIO.

Uf! qué demonio!!

MARIA, *cantando.*

Dejo en ti grata ilusion

JULIO.

Basta, basta! Gran Dios, qué horror!

MARIA, *canta.*

Al darte mi despedida.

JULIO.

No la dejaré yo en ti. (*aparte*) Qué desgracia.

MARIA, *aparte.*

Qué dicha!

JULIO.

Me voy al momento.

MARIA, *aparte.*

Se vá! Luisa se queda!

JULIO.

Ese viejo me ha querido engañar.

MARIA.

Quéreis que empiece de nuevo?

JULIO.

No, no, por Dios, me va á dar un tabardillo! (*yendo al fondo*) Ola! mi silla al instante! que enganchen.

Yéndose.

MARIA, *oyendo á Luisa que canta dentro.*

Mi hermana!

JULIO, *deteniéndose.*

Qué oigo?

MARIA.

Es ella!

ESCENA X.

Los MISMOS, LUISA *con un papel de música.*

LUISA, *cantando.*

Adios tranquila mansion...

JULIO, *saludándola.*

Ah! qué voz!

MARIA, *aparte.*

Todo se ha perdido!

JULIO, *á Luisa.*

Continuad.

Mientras canta Luisa, Julio dice á menudo, bravo, bien, perfectamente.

LUISA, *cantando.*

Para mi siempre querida
Dejo en ti grata ilusion
Al darte mi despedida.
Mañana ya no veré
Tu cielo azul, trasparente,
Ni de esta sonora fuente
El son compasado oiré.

JULIO.

Bien! divina! hé aqui mi prima donna!

LUISA, *aparte.*

Oh! qué placer! me llevará á París.

MARIA, *aparte.*

No hay esperanza.

JULIO, *aparte.*

Son dos hermanas, y yo creyendo que era ella, he pasado un rato!

LUISA, *con timidez.*

Estais contento?

JULIO.

Si lo estoy? maravillado! aturdido!

LUISA.

Aqui podré pasar, pero en París...

JULIO.

Alboratareis! No es nada! Una perla como vos hallarse aqui escondida! en un miserable pueblucho! vuestro sitio es París, en medio de las fiestas, de los adoradores, oh! sí, sí! ahora mismo nos iremos, al momento.

LUISA.

Ah! qué felicidad!... me lleva á París... á la ópera! (*llamando*) Padre mio! Raymond, Rigaud, amigos mios!... venid, venid á tomar parte en mi contento, en mi dicha!

MARIA. *aparte.*

Pobre Pablo!

ESCENA XI.

Los MISMOS *y despues sucesivamente* RAYMOND, PABLO, RIGAUD, POMPEYO *y* RECLUTAS.

RAYMOND, *que entra por la izquierda seguido de Pablo y Pompeyo, mientras los otros entran por el foro.*

Y bien! qué hay?

LUISA.

Me lleva á París, padre mio! á la ópera!

JULIO.

Al mejor teatro! el primero de todos!

LUISA, *que vé á Pablo con un saco á la espalda.*

Qué veo!.. Pablo!

PABLO, *con firmeza.*

Sí, Pablo que lo mismo que vos ha hecho un ajuste. Os gusta la gloria... Pues bien! voy á adquirirla.

LUISA.

En hora buena, eso es pensar con juicio. Pero dónde está Rigaud? quiero despedirme de él.

RIGAUD, *entra con un crespon en el sombrero y una carta con sello negro, y se dirije á Maria.*

Ciudadana María!.. Soy huérfano... quereis participar mi dolor y herencia?

MARIA.

Gracias amigo mio... pero yo tambien dentro de algunos dias dejaré la aldea.

Movimiento general.

RIGAUD.

Y dónde os vais?

MARIA.

Es un secreto... Mi padre únicamente lo sabrá.

Mirando á Raymond.

JULIO, *aparte.*

Apuesto á que se va con alguna compañía de provincia... con algunos jilgueros como ella.

UN POSTILLON, *saliendo.*

Señor, ya estan los caballos.

JULIO, *á Luisa.*

Cuando gusteis.

POMPEYO.

Vamos reclutas!

LUISA.

Adios.

Abraza á Raymond, á Pablo y á su hermana.

PABLO.

Adios padre mio!

Abraza á su padre que cae en una silla abatido, María lo consuela, Rigaud se limpia las lágrimas con un gran pañuelo y lee la carta. Cuadro rápido.

ACTO SEGUNDO.

En tiempo del Imperio en Paris. Un gabinete, muebles elegantes de la época. Puerta al fondo y laterales. A la derecha un rico tocador, á la izquierda un velador. Bugías ardiendo sobre el velador y tocador.

ESCENA I.

LUISA, PABLO, *despues* SERAFINA.

Pablo vestido de capitan de húsares tomando el té con Luisa; al levantar el telon se oyen dar las diez.

LUISA.

Ay Dios! qué tarde es ya! y yo que recibo hoy! sabeis que me olvido de todo al lado vuestro?

Llama.

PABLO.

Es tan dulce verse despues de cinco años!

LUISA.

Sobre todo cuando nos encontramos como habiamos soñado... vos capitan á los veinte y cinco años.

Serafina entra y quita el servicio del té.

PABLO.

Y vos la cantante á la moda, el ídolo de todo París.

LUISA.

Os gusté ayer!

PABLO.

Oh! me arrebatasteis.

LUISA.

Que no esté aqui mi pobre María para dividir con ella nuestra dicha!

PABLO.

Si al menos supiéramos qué ha sido de ella!

LUISA.

Solo he podido averiguar que despues de morir nuestro anciano padre, habia dejado la aldea, y no se sabe donde ha marchado.

PABLO.

Yo que he recorrido toda la Europa con el ejército no he podido saber su paradero, mas no ha pasado un dia sin pensar en la amiga de mi infancia!

LUISA.

A pesar del misterio de que se rodea, no pierdo la esperanza... He hallado para informarme de su suerte un agente especial; pero vos le conoceis, Rigaud, nuestro vecino de la aldea.

PABLO.

Ah! sí, aquel nécio!

LUISA.

El mismo... solo que entonces no era mas que bestia, y ahora la fortuna le ha hecho tonto... se hace llamar el señor de la Rigaudiere.

PABLO.

Y ha descubierto algo?

LUISA.

Ay! no... tedos los dias viene á decirme... «No sé nada, pero lo sabré» y con ese pretesto me fastidia hablándome de su amor.

PABLO, *levántandose.*

Cómo? él tambien!

LUISA.

Tambien; las actrices estamos muy espuestas á eso.

PABLO.

Pero ahora que estoy yo aqui, pondré un término á las declaraciones, á los billetes amorosos.

LUISA.

Quereis batiros con todo Paris? artistas, hacendados, grandes señores... (*abriendo un cajon del tocador*) Mirad estas dos cartas que sin mas ni mas he recibido esta mañana... la primera viene en línea recta del Senado conservador... leed.

PABLO.

« Hermosa mia, el Emperador acaba de » concederme una donacion en Iliria; pero » quiero mejor dividirla con vos que ir á » verla; decid una palabra y soy vuestro.» (*interrumpiéndose*) Insolente!

LUISA, *sentada.*

La otra es del embajador de Austria. Escuchad... « Queridita, bonita francesa; tengo » una gran cantidad de dinero... dí una pa» labra, una sola, y mis hermosos florines » cambiarán al momento de propietario.»

PABLO.

Infames!... Ofrecen montones de oro por seducir, y estoy seguro de que no dan un óbolo por una buena accion!

LUISA.

No os engañais... Creereis qûe esos dos favoritos de la fortuna, que prodigan el oro por los placeres, últimamente han rehusado suscribirse por unos cuantos francos á un concierto que yo iba á dar para los pobres?... Ah! qué infamia! y este año que el rigor del invierno ha doblado la miseria de tantos infelices!

PABLO.

Con qué habreis respondido á esas cartas como se debe?

LUISA.

Sí, como era menester... á cada uno le he dado una cita.

PABLO.

Una cita!... Es posible?

LUISA.

Esta noche... á las doce.

PABLO.

No os comprendo.

LUISA.

Ya me comprendereis mas tarde.

PABLO.

Pero, y el soirée, el concierto privado que dais á algunos amigos?..

LUISA.

Todo se arreglará.

PABLO, *inquieto.*

Luisa, no podeis decirme...

LUISA.

No... y exijo que tengais confianza.

PABLO.

Mas...

SERAFINA, *entrando.*

Señorita, perdonad si os interrumpo, pero se me habia olvidado deciros que una señora espera mas de dos horas para...

LUISA.

Una señora!

SERAFINA.

Dice que tiene que daros noticias de vuestra hermana.

LUISA, PABLO.

De María!

LUISA.

Y no lo habeis dicho antes!...

SERAFINA.

Como he visto que no era una persona rica creia...

LUISA.

Qué decís?... Oh! voy al instante, al instante!... Pablo, me lo permitís, no es verdad?... Vuelvo al momento amigo mio... ya veis que no gasto cumplimientos, no los gasteis tampoco... esta es vuestra casa.. (*yéndose con Serafina*) Mi querida María, al fin sabré de ti.

ESCENA II.

PABLO, *despues* POMPEYO.

Qué mezcla de bondad y locura!... Oh! conozco que la quiero cada vez mas... Pompeyo!

POMPEYO, *entrando.*

Presente, mi capitan.

PABLO.

No han traido para mí un pliego del ministerio de la Guerra?

POMPEYO.

Aun no.

PABLO.

Cuánto tarda!

POMPEYO.

Ah! ya adivino, otro grado que os van á dar, y que mereceis.

PABLO.

No, no es eso: es una licencia de seis meses que he pedido para casarme.

POMPEYO.

Casaros! Con quién?

PABLO.

Con la que amo hace mucho tiempo y que me prefiere á todos.

POMPEYO.

Voto vá! por vida!... Perdonad capitan, pero es una lástima ver á un oficial jóven, que se ha ganado todos sus grados en el campo de batalla, y que de un dia á otro puede pillar los entorchados ó una bala de cañon... lo mismo es, verle, digo perder la cabeza por una cantarina de la ópera?

PABLO.

Que quieres, mi antiguo camarada; despues de cinco años, encuentro á Luisa mas amable, mas bonita que nunca... anoche en cuanto llegué me fui á la ópera... de pié, en un rincon de la orquesta, esperaba... esperaba con ánsia... una muger bella como un ángel aparece en la escena; mil bravos acojen su entrada, su voz penetra en todos los corazones... era ella!... una mirada me da á entender que me ha conocido, y bien pronto un billete me dice que me espera la misma noche en su casa... yo temia hallarme con la muger adorada por el público, orgullosa de sus triunfos... pero no, es Luisa á quien encuentro... sola, conmigo, buena como en los primeros dias de nuestra infancia... olvidando á mi lado su gloria, llamándome su amigo, su hermano querido! Ah! ya lo ves Pompeyo! hay para volverse loco de placer!

POMPEYO.

No creo que haya tal necesidad... y si yo fuera el Emperador y Rey, no serian semejantes tonterías las que me harian dar ese permiso á uno de mis mas valientes oficiales de húsares.

PABLO.

Afortunadamente no lo eres... ves amigo mio, y ven en cuanto llegue un ordenanza.

POMPEYO.

Basta, obedezco. Pero si fuera yo el Emperador, suprimiria el matrimonio.

ESCENA III.

PABLO, *solo.*

Sí, estoy resuelto. Hoy mismo la suplicaré que fije mi suerte... Qué debo temer?... no me ha alentado ella misma? me parece que la oigo decir: amigo, estais en vuestra casa. Claro es que quiere decir en nuestra casa. (*mirando alrededor*) Lo que me incomoda algo, son estos muebles elegantes, estos regalos suntuosos... á pesar mio los senadores y embajadores me vienen á la memoria.

Se vuelve, examina algunos objetos y no ve entrar á Julio.

ESCENA IV.

PABLO, JULIO *que entra con un papel de música y un lapiz.*

JULIO.

Tres dias sin verla componiendo esto... pero es para ella, para la diva.

PABLO.

Cuántos brillantes!

JULIO, *corrigiendo la música.*

Pues cuesta mas de lo que parece.

PABLO.

Qué hermosa cachemira!

JULIO, *que canta à media voz.*

Qué bien estará en ella!

PABLO.

Pero estos presentes me hacen daño... Es menester que los devuelva... mi amor debe bastar á su dicha.

JULIO, *borrando con el lapiz.*

Semejantes palabras no tienen sentido comun... añadiré tres ó cuatro tra, la la la... Oh! quedará sublime! (*canta fuerte*) Tra, la la la la.

PABLO, *volviéndose.*

Quién es este original?

JULIO, *idem.*

Quién será este señorito vigotudo?

PABLO, *aparte.*

Entrar sin anunciarse!

JULIO, *aparte.*

Pasearse aqui como en su casa!

Pablo llama á una campanilla, Julio á otra; salen un criado y Pompeyo.

PABLO, *á Pompeyo.*

Conoces ese caballero?

POMPEYO.

No, mi capitan.

JULIO, *al criado.*

Quién es ese jóven?

CRIADO.

No sé.

PABLO *y* JULIO.

Está bien.

Pompeyo se va.

JULIO, *dándose aire de amo de casa.*

Un vaso de Madera y vizcochos.

Se va el criado.

PABLO, *aparte.*

Cree estar en el café.

Toma un bote de agua de colonia y se echa en el pañuelo.

JULIO, *aparte.*

Pues no toma el agua de colonia?

PABLO, *impacientado.*

Caballero, qué quereis?

JULIO.

No lo habeis oido? Un vaso de Madera y vizcochos.

PABLO.

En fin, señor mio, quién sois?

JULIO.

Y vos?

PABLO.

Sabeis que podia pensar que erais... porque cuando se está en una casa sin mas ni mas...

JULIO.

Y es á mí á quien decís eso? á mí que soy... (*riendo*) Ah! bravo! bravísimo!

Hace ademan de aplaudir.

PABLO, *que observa la accion.*

Ah! ya sé... no me acordaba de que estoy en casa de una artista, es el comisionado de los aplausos. (*alto*) Caballero, si me hubiérais dicho... pero es igual, os doy la enhorabuena, anoche estuvisteis bien.

JULIO.

Cómo?

PABLO.

Os hablo de la representacion de la ópera; animásteis de un modo aquello...

JULIO.

Yo no he animado nada anoche, estaba en el campo.

PABLO.

Entonces no comprendo...

JULIO.

Pero, por quién me tomais? Sabeis qué soy el distinguido compositor Julio, y muy humilde servidor de la diva Luisa?

PABLO.

Cómo! El buen Julio!

JULIO.

El buen Julio!... vaya un modo!

PABLO.

Y yo que no le reconocia... abrazadme... soy Pablo Raymond; ya os acordareis que se fue simple soldado, y ha vuelto ahora capitan y ayudante de un Mariscal; pero tan enamorado como siempre.

JULIO.

Qué quereis decir?

PABLO.

Que deseo casarme con Luisa.

JULIO.

Casaros? Un ayudante! Ah! no puedo mas, una silla, una silla!

PABLO.

Qué teneis?

ESCENA V.

Los MISMOS, LUISA.

LUISA.

Qué hay, señores? me habeis asustado en el momento mas feliz de mi vida.

JULIO.

Qué hay, bella inhumana? Que estaba muy lejos de saber ciertas cosas...

LUISA.

Qué le habeis dicho, mi querido Pablo?

JULIO, *aparte.*

Su querido Pablo! qué horror! (*alto*) Despues de lo que me debeis!... yo que he aceptado un cuarto en vuestra casa por veros á menudo! yo que me siento en vuestra mesa para cuidar de esa preciosa garganta... en fin, yo que paso todo el verano en vuestra casa de campo... etc., etc., etc. veo que despues de tantos sacrificios, llamais á un ayudante, mi querido Pablo!

LUISA.

No os enfadeis por eso... No os llamo tambien á vos mi querido Julio?

SERAFINA, *anunciando.*

El señor de la Rigaudiere.

JULIO, *aparte.*

Otro! y ademas rico!

ESCENA VI.

Los MISMOS, RIGAUD.

LUISA, *aparte.*

Bien! este hará el tercer papel.

RIGAUD, *vestido á la moda de la época muy exagerado.*

Perdonad si me presento á una hora indebida; pero ya sabeis, oh diva! que debo todos los dias daros noticias de mis pesquisas... no olvido nunca que en encontrando á vuestra hermana me habeis prometido dejar vivir á este vuestro rendido trovador.

PABLO.

Pues será lástima... estais tan saludable no viviendo!

RIGAUD.

Calla! no es este Raymond el de mi aldea?

LUISA.

El mismo, mi querido Rigaud.

JULIO, *aparte.*

Tambien á él!

RIGAUD, *á Pablo.*

No me habeis conocido, eh? ya se vé, con un traje tan magnífico, carrig... calzon verde manzana y un clac!.. Oh! no esto y por los clacs.

PABLO.

Ah! pues estais perfectamente... ayer ví en casa de Martincte una caricatura...

RIGAUD, *apretándole la mano con alegría.*

Muy parecida á mí; gracias, amigo mio, gracias.

LUISA.

Pero Rigaud, con todo eso no me decís...

RIGAUD.

Sí, es verdad! pero no creais que me duermo... he tomado nuevos informes, he hecho esplorar París, los departamentos... y...

LUISA.

Y?..

RIGAUD.

Y no sé nada.

LUISA.

Cuando decia que nunca encontrariais... pues bien, yo he sido mas afortunada que vos, y esta noche la veremos.

TODOS.

Es posible!

RIGAUD.

Hacedme el favor de decirla que no piense mas en mí.

LUISA, *riéndose.*

Bien, se lo diré.

RIGAUD, *bajo, á Luisa.*

Y acordaos de vuestra promesa; ya se ha encontrado.

LUISA, *bajo á Rigaud.*

Mas no por vos; pero es igual, yo soy buena muchacha... hé aqui la llave del jardin... á media noche... por esa ventana...

RIGAUD.

Entiendo.

Se va hácia el fondo medio cantando y habla con Serafina que entra.

PABLO, *con inquietud.*

Qué le habeis dicho?

LUISA.

Le he dado una cita.

PABLO *y* JULIO.

Una cita!

LUISA, *aparte á Julio.*

Silencio! pronto sabreis lo que se quiere hacer por vos.

JULIO, *á Luisa.*

Me callo y... (*saluda y váse*) hasta luego.

PABLO, *con impaciencia.*

Dejadme tirar á ese hombre por la ventana.

LUISA.

Os dejo que tengais confianza, y nada mas... id á vestiros para el concierto.

PABLO.

Estoy por no venir.

LUISA.

Estoy por no creerlo.

PABLO.

Pero quereis...

LUISA.

Nada, que os vayais y volvais pronto.

PABLO.

Os dejo y vuelvo al momento...

RIGAUD, *con finura.*

Diva, me veo precisado á dejaros, porque me espera mi profesor de guitarra: caballero...

Váse.

LUISA.

Con qué volvereis?

PABLO.

Sí.

Váse.



ESCENA VII.

LUISA, SERAFINA.

LUISA.

Serafina, te acuerdas de lo que te he dicho.

SERAFINA.

Si, señorita... cuando se trata de una burla se tiene buena memoria.

LUISA.

Habrán ya venido los otros?

SERAFINA.

Estoy segura de que no faltarán un minuto á la cita.

Dan las doce.

LUISA.

Ya es la hora... apaguemos estas luces... (*las apaga.*) Voy á recibir á los convidados... y tu Serafina á tu papel.

Se va por el fondo y cierra la puerta.

ESCENA VIII.

SERAFINA, *despues el* SENADOR, *el* EMBAJADOR *y* RIGAUD.

El Senador llama á la puerta de la derecha muy bajo.

SENADOR, *dentro.*

Estas ahí Serafina?

SERAFINA.

Sí, señor Duque... (*aparte*) Uno! (*abre la puerta*) Entrad.

SENADOR, *entrando.*

No veo gota.

SERAFINA.

Sentaos aqui sobre este sillon... no digais palabra.

SENADOR, *sentándose.*

Estaré mudo como el senado.

EMBAJADOR.

Qué oscuridad!

SERAFINA, *aparte.*

Dos! (*al embajador*) Mas bajo, mas bajo, príncipe mio... sentaos y callad.

EMBAJADOR, *sentándose.*

Bien.

RIGAUD, *abriendo la ventana.*

Esto me recuerda mis entradas en el granero de mi tio.

SERAFINA, *aparte.*

Tres! (*á Rigaud*) Dadme la mano, y poned el pie sobre este taburete para no hacer ruido.

RIGAUD, *muy bajo.*

De poco no me rompo la cabeza.

SERAFINA, *muy bajo.*

Era indispensable... voy á prevenir á mi ama. *(pasando delante del embajador)* Diré á mi señora que estais aquí. *(pasando junto al senador)* Avisaré á mi señorita vuestra llegada (*aparte*) Ahora que se arreglen ellos.

Vasé.

ESCENA IX.

Los MISMOS, *menos* SERAFINA.

RIGAUD.

Vá á venir!.. pero si antes pudiera yo... veamos, su gabinete debe estar por aquí... atrévete, Lovelace (*anda á tientas y tropieza con una silla.*) Oh!

SENADOR, *levantándose.*

He oido andar.

EMBAJADOR, *idem.*

Oigo ruido.

SENADOR.

Chis! chis! Sois vos?

RIGAUD.

Una voz de hombre!

EMBAJADOR.

Quién es?

RIGAUD.

Dos voces masculinas!

Serafina sale y da tres palmadas.

RIGAUD.

La señal! vamos, me habré engañado.

En este momento las puertas del fondo se abren y dejan ver un soireé animado, muchas damas y caballeros elegantemente vestidos.

ESCENA X.

Los MISMOS, LUISA, JULIO, PABLO, *y convidados.*

SENADOR.

Maldicion!

EMBAJADOR.

Condenacion!

RIGAUD.

Eramos tres!

LUISA, *acercándose á ellos.*

Oh! señores! os doy mil gracias por haber venido tan puntuales á la cita.

EMBAJADOR y SENADOR, *picados.*

Señorita!..

RIGAUD, *levantando el látigo.*

Señora!

SENADOR.

Mi sombrero.

EMBAJADOR.

El mio.

RIGAUD, *buscando.*

Y yo? Ah! le tengo puesto.

LUISA.

Cómo, señores, os enfadais? no teneis razon para ello: he dado una cita á todos tres á las doce; pues bien, aqui estoy... Solo que en lugar de una conversacion enfadosa, hallándose á solas con una persona, os ha hech o venir al concierto que doy y en el cual cada uno ha de tomar su parte.

RIGAUD.

Pero si yo no toco ningun instrumento, como...

LUISA.

Callad, sino quereis que se burlen de vos.

JULIO, *bajando á la escena.*

Al concierto! ya ha llegado Garrát.

LUISA.

Un instante, señores, veo una persona que os tiene que dirigir una súplica.

ESCENA XI.

Los MISMOS, MARIA.

TODOS.

Una hermana de la caridad!

PABLO.

María!

RIGAUD.

Mi antigua enamorada!

JULIO.

Qué viene á hacer aquí?

MARIA.

Os estraña mi presencia en estos sitios, no es verdad? yo que debo estar constantemente al lado de los que sufren, verme enmedio de un festin! pero vengo á implorar vuestra clemencia en favor de los pobres, de los pobres que mueren á millares de necesidad y de frio! Esos suntuosos trajes me dicen que sois poderosos, que derramais el oro buscando los placeres, pero bien; derramadlo ahora para socorrer á los desgraciados que yacen en la miseria, y en vez de los gemidos de desesperacion que se oyen por todas partes, mañana resonarán gritos de júbilo; bendecirán vuestros nombres y salvareis á tantos infelices! á tantos! oh! piedad señores, piedad, para ellos! no los dejeis morir de hambre, hermanos mios.

LUISA.

Qué! callais? veis que un ángel os suplica, y permaneceis sordos á su voz? Nada os dice el corazon? Ah! no lo creo: conozco que necesitais ejemplo; pues bien, mirad, esta es mi parte, echad la vuestra, amigos mios, echadla ya.

Se quita el aderezo de diamantes y lo echa en un canastillo elegante que toma del tocador, Luisa despues de echar su aderezo en el canastillo, va dando la vuelta con él, y recogiendo lo que echan los demas, que será dinero y billetes.

TODOS.

Bravo! Bravo! diva.

LUISA, *con alegría.*

Mira, María, casi está lleno.

MARIA.

Vírgen santa! cuántos desgraciados van á ser socorridos!

LUISA.

Tal vez alguna pobre muchacha que quiera ser virtuosa! (*á Pablo*) Y bien! estais aun enfandado por las citas?

PABLO.

Sois divina!

LUISA, *á su hermana.*

Aguarda un momento.

MARIA.

Bien.

LUISA, *á los convidados.*

Gracias, mil gracias amigos, teneis almas generosas.

MARIA, *á los convidados.*

El cielo os bendiga... Bailad, divertios mucho, bellas señoras y buenos caballeros, que el señor os premiará vuestra noble accion.

LUISA.

Id, señores, el placer os espera.

ESCENA XII.

LUISA, MARIA, PABLO.

LUISA.

Vuélveme á abrazar, hermana mia.

PABLO, *abrazándola.*

Ese era el secreto que nos ocultabais, María?

MARIA.

Temia que no consintieseis... y si hubiese muerto de pena, no hubierais sabido nada.

LUISA.

Cuánto habrás sufrido!

MARIA.

No digo que no! el aprendizaje es un poco cruel... estudiar como un hombre, trabajar de dia, velar de noche, ver siempre sufrir, eso destroza el corazon... (*con alegría*) Pero, bá! ya no es nada... la costumbre... dejemos esto... no pensemos mas que en la dicha de vernos.

PABLO.

Si, sí, vernos y no separarnos mas: si vos quereis, Luisa, nadie lo puede estorbar.

LUISA.

No os entiendo.

PABLO.

He pedido licencia por seis meses; si me juzgais en fin digno de mereceros, será inmensa mi felicidad al llamarme vuestro esposo.

LUISA.

Mi esposo! pero si yo no quiero casarme.

PABLO *y* MARIA.

Cómo?

LUISA.

Escuchadme, Pablo: sois el hombre que mas estimo en el mundo, y sin embargo no os puedo ofrecer mas que el afecto de una hermana, mas lo que es el cariño de una esposa... no, ese, ni vos ni ninguno le obtendrá de mi.

MARIA.

Pero necesitas un guia...

PABLO.

Un apoyo.

MARIA.

Y quién mejor que Pablo, sabrá protejerte? hacerte feliz?.. Es jóven... valiente...

PABLO.

Mi padre me ha dejado una fortuna honrosa.

MARIA.

Por agradarte quiso adquirir gloria, y ya tiene un nombre en el ejército; te ama desde la infancia, no ha amado á nadie sino á ti... qué mas quieres?

LUISA.

Quiero... quiero... ó por mejor decir no quiero casarme, es un estado por el cual tengo antipatia. Si, lo aborrezco, porque á nosotras pobres mugeres, nos oprime, nos ata con cadenas demasiado fuertes; no, no: siempre conservaré mi libertad. Yo no tengo mas amor que el del teatro, á este consagraré todos los instantes de mi vida. Y qué marido, por bueno que sea, recompensará mejor que mi público amado? Ah!.. no me volvais á hablar de casamiento, amigos mios, porque lo he resuelto, seré libre, nunca me casaré.

MARIA.

Pobre hermana! Ah! bien temia por ella!

Durante este tiempo bailan en el salon.

PABLO.

Pero, Luisa, yo que os amo tanto, que no tendré mas voluntad que la vuestra, que seré no vuestro esposo, vuestro esclavo...

LUISA.

Sois hombre... y no valdreis mas que los otros... ademas, Pablo, casarnos seria matar dos glorias á la vez... no, no me hableis mas de eso.

PABLO.

Oh! ya lo entiendo, quereis que me marche? pues bien; no me iré, me quedaré, estaré siempre cerca de vos... podeis no casaros conmigo pero no impedirme que os ame... os lo diré, os lo repetiré, todos los dias, á cada momento! y si alguno tiene la desgracia de hacer lo mismo,.. le mataré!

LUISA, *á María.*

Pobre muchacho! qué formal lo dice!

MARIA.

Hermanos, adios .. mi sitio no este.

ESCENA XIII.

Los MISMOS, POMPEYO, *despues* JULIÓ, RIGAUD, *convidados.*

POMPEYO.

Perdonad, señores, pero este pliego corre prisa.

PABLO.

Precisamente me traen el permiso de quedarme en Paris... vereis Luisa si cumplo lo que he dicho. (*abre el papel y lo lee.*) Cielos!

MARIA, *á quien él da el pliego.*

Pero si no me engaño, es un nuevo ascenso para vos. (*aparte*) Oh! quedémonos.

PABLO, *abatido.*

Leed, María!

POMPEYO, *aparte.*

Casate ahora.

MARIA, *leyendo.*

»El capitan Raimond, nombrado oficial de

»ordenanza del Emperador, marchará inme-»diatamente al cuartel general que está en Es-»paña.»

POMPEYO.

Todo está pronto para el viaje, mi comandante.

PABLO, *con mal humor.*

Quién os pregunta nada? *(á sí mismo)* dejarla! cuando sé que me prefiere á todos?.. Imposible.

LUISA, *á Pablo.*

Vacilareis en obedecer al Emperador?

PABLO.

No... no vacilo!... mi resolucion está tomada.

MARIA.

Qué decís? Pablo... algun pensamiento culpable os domina?.. Oh! amigo mio!.. hermano! dime, dime que me engaño.

PABLO, *con desesperacion.*

Maria! vos no habeis amado nunca!

MARIA.

No... á Dios gracias... y me alegro mucho mas ahora, si eso que llamais amor, quita el valor para sacrificar un interés del corazon á un deber sagrado!

PABLO.

Conozco que es superior á mis fuerzas... partir cuando me ha vuelto loco de amor y esperanza, abandonarla á la seduccion de mil rivales, marchar sin una promesa... Oh! nunca... me quedo, y desde este momento no soy oficial... voy á enviar mi dimision al ministro de la Guerra.

TODOS.

Su dimision!

MARIA, *acercándose.*

Y os atreveis á decir eso, capitan?

PABLO.

Por qué no? Quién se atreverá á censurarlo?.. mis heridas, mi hoja de servicios puede responder á todo... La libertad me pertenece, puedo adquirirla sin que duden de mi valor... Tú mismo, Pompeyo, tú, un soldado como yo... habla, no se ven todos los dias oficiales que hacen dimision?

POMPEYO, *con frialdad.*

Capitan, la víspera de una accion no se ha visto eso nunca.

PABLO, *con cólera.*

Ah! con qué es decir que tú tambien me culpas? Pues bien, si hubiera alguno que reprobase mi conducta me batiria con él.

Se sienta á escribir.

MARIA *á Luisa.*

Hermana, le dejarás deshonrarse?

LUISA.

No, María, no... *(acercándose á Pablo y poniéndole la mano en la espalda)* Pablo, no firmareis esa dimision... *(Pablo la mira)* Os digo que no la firmareis.

PABLO.

Nadie lo impedirá. *(firma)* Mirad.

LUISA, *con seguridad.*

Entonces rompereis ese papel...

Va hácia los convidados que durante esta escena entran sucesivamente y se pasean en el salon.

PABLO, *aparte.*

Cuál es su designio?

LUISA, *á los convidados.*

Perdonad, señores, si la dueña de la casa os ha dejado tanto tiempo, pero bien pronto sabreis por qué he sido tan culpable. Tengo que anunciar á mis amigos una gran noticia.

TODOS.

Una noticia?

LUISA.

Bien sabeis que habia jurado conservar mi libertad, mi independencia... pues bien! he cambiado de idea y... me caso!

Estrañeza en todos.

JULIO, *aparte.*

Esta es la gran sorpresa que me preparaba!

RIGAUD, *aparte.*

Por fin va á recompensar mi amor!

LUISA.

Sí, me caso... pero despues de haber dudado algun tiempo, quiero que mi eleccion sea aprobada por todos. *(mirando á Pablo)* Por lo mismo, no me uniré sino á un hombre que ame la gloria como yo la amo, que se distinga en el campo de batalla, como yo espero distinguirme entre los artistas... un hombre que me traiga una corona de laurel para unirla á la que yo quiero merecer de las artes, un héroe en fin, que pueda poner al lado de su nombre el titulo de general...

PABLO, *bajo, á Luisa.*

Luisa... te comprendo... me salvas el honor, me prometes la dicha... seré digno de ti.

Desgarra el papel que firmó y Maria estrecha la mano de su hermana.

POMPEYO.

Hermana gris, *(mostrando á Luisa)* hé aqui una accion que se debe poner en la órden del dia.

MARIA.

Es verdad, búsar.

JULIO, *aparte.*

Estoy desesperado!

RIGAUD, *aparte.*

Yo que pensaba... (*alto á Luisa*) Pero vos me habeis prometido...

LUISA.

Una cita? ya os la he dado.

JULIO.

Oh! diva! me habeis hecho entrever...

LUISA.

Un favor inesperado?... Pues bien! cumpliré mi palabra... gracias á mi crédito os han nombrado maestro de capilla de los Reyes de Sajonia y Baviera, y ya os esperan en Dresde.

JULIO, *aparte.*

Me espatria!

RIGAUD.

Yo tambien me marcho!... acepto el abasto del ejército de Alemania... (*aparte*) Voy á desollar á los soldados por vengarme de la ingrata.

LUISA.

Veo con gusto que los tres estais contentos; pero como no marchais hasta mañana, el resto de la noche lo debeis consagrar al placer... (*abraza á su hermana que se aleja*) Adios, hermana mia!

MARIA.

Adios, Luisa!

LUISA, *dando la mano á Pablo.*

El que me quiera, que me siga.

Se forman las parejas para bailar en el fondo, y en el momento de empezar cae el telon.

ACTO TERCERO.

Dresde año de 1813. Un jardin elegante en una quinta de Sajonia, en las cercanias de Dresde. A la derecha un pabellon elevado sobre cuatro ó cinco escalones; á la izquierda la verja de entrada, al proscenio en el mismo lado una mesa de piedra; sillas de jardin. Un húsar está de centinela en la verja.

ESCENA I.

Al levantarse el telon se oyen cañonazos. Pompeyo sentado junto la mesa, duerme.

POMPEYO, *despertando.*

El cañon! (*medio sacando la espada*) alerta? vamos á descoser cuerpos... (*dejándola caer en la vaina*) Qué bestia soy! es la señal del armisticio firmado despues de la accion de Lutzen... El Emperador se ha dejado ablandar por el papa suegro, y se ha arreglado el negocio entre la familia. (*dando en el sable*) Sí, viejo mio, mi fiel camarada, no se trata ya de segar laureles, tendremos que ir á cortar coles como simples hortelanos; esto es muy duro, sobre todo para un antiguo soldado de la república, que ha comido Vistek de cocodrilo y de camello... Bien que no debo quejarme... el momento de las recompensas ha llegado... tengo mi cruz... pero el pobre coronel! que iba á ser nombrado general... ya estaba en la lista y se le antoja á una maldita bala pasar por delante de sus ojos y dejarle ciego... como si no pudiera haberse dirigido á mí... mil bombas!.. Dicen que si cura le nombrarán... pero si no cura nunca, como temo, qué será de su casamiento, en el cual piensa siempre? (*mirando fuera*) Ah! viene gente... Una señora; atencion Pompeyo.

Componiéndose el vigote.

ESCENA II.

POMPEYO, LUISA, *seguida de oficiales.*

LUISA, *á los oficiales que se van.*

Gracias por vuestra galanteria, señores.

POMPEYO, *aparte.*

Me parece que he oido en otra parte esta voz.

LUISA.

Cómo, valiente Pompeyo, no me conoces?

POMPEYO.

Esperad... en París... la señorita... Lucia... Luisa...

LUISA.

Si.

POMPEYO.

Y os hallais en Sajonia?.. con nosotros?. Habeis entrado en la banda de algun regimiento?

LUISA, *riendo.*

Poco menos!.. El Emperador nos ha hecho venir como soldados... á marchas dobles, quie-

re tener en Dresde una compañía de ópera... y ninguno ha dejado de venir.

POMPEYO.

Entonces diré que el Emperador no hace de buena fé el tratado de paz, pues quiere seguir conquistando!

LUISA.

Cómo? tambien usa galanterias el buen Pompeyo?

POMPEYO.

Alguna que otra vez!.. Cuanto se alegrará mi coronel al saber que estais aqui... (*cambiando de tono*) Por desgracia no os podrá ver... si supierais...

LUISA.

Lo sé todo y por lo mismo yo soy quien ha obtenido del general en gefe el permiso de transportar la ambulancia del regimiento de Raymond á esta casa de campo...

POMPEYO.

Es vuestra?

LUISA.

No, de un amigo, lo mismo dá... pertenece al maestro de capilla de los Reyes de Sajonia y Baviera.

POMPEYO.

Apostaria á que es de aquel facha que vi en vuestra casa en Paris.

LUISA.

El mismo... siempre tan ridiculo, tan enamorado... ha puesto su quinta á mi disposicion, y yo la he puesto á la de un regimiento de húsares.

POMPEYO.

Bien, señorita, mereceis ser dichosa.

LUISA.

Ya lo soy, á la sola idea de que estaré cerca del... de no dejarle un momento... á la de prodigarle mil cuidados sin hacerme conocer...

POMPEYO.

Os debo prevenir que hay otra persona antes que vos, y es el número uno, la que me encargó cuando vino á su lado que no le dijera al coronel quien era.

LUISA.

Lo sé.

POMPEYO.

Calla! todo lo sabeis.

LUISA.

Mi buena Maria, ó por mejor decir la hermana Marta.

POMPEYO.

Decid, el ángel del ejército... Ella dijo, en lo civil no hay bastante peligro; adelante, marchen, á los hospitales militares, y puedo deciros que se porta, lo que me llena de orgullo.

LUISA.

No es verdad que sientan bien sobre su pecho las condecoraciones que ha recibido de varios soberanos?

POMPEYO, *aprobando*.

Yo lo creo! voto á todos los diablos!... (*deteniéndose*) Perdonad.

LUISA.

Ba! si eso es costumbre...

POMPEYO.

Sí, en la caballeria... hasta la hermana Marta aprueba este lenguaje... en su calidad de cirujano. Oh! si ella pudiese curar á mi coronel, qué boda se haria hoy mismo, que pícara boda!

LUISA, *sonriendo*.

Tambien eso se dice?

POMPEYO.

En las mejores sociedades.

LUISA.

Y tiene mi hermana alguna esperanza de curarle?

POMPEYO.

He tenido miedo de preguntárselo.

RAYMOND, *llamando dentro*.

Pompeyo!

LUISA.

El es!

POMPEYO.

Viene con la hermana Marta; vos que quereis menos á mi coronel... (*movimiento de Luisa*) preguntadle como está... en cuanto á mi, tengo miedo de saber una mala noticia... tiemblo como un niño.... vamos, os cedo mi parte de valor.

ESCENA III.

Los MISMOS, RAYMOND, MARTA.

Raymond está vestido de coronel de húsares; baja las escaleras del pabellon conducido por Marta. Tiene los ojos cubiertos con un vendaje negro. Marta lleva el pecho cubierto de condecoraciones.

MARTA, *á Raymond*.

Cuidado, coronel... ira de Dios! andais muy de prisa para un ciego.

POMPEYO, *á Luisa*.

La oís? Cuando digo que es un ángel!...

pero lo hace por no humillar á los camaradas... es tan buena!

RAYMOND.

Qué quereis, hermana? Cuando salgo de ese pabellon se me figura que voy á ver la luz del dia.

MARTA.

Y me obligais á correr detrás de vos como si fuerais un desertor.

RAYMOND.

Pompeyo tiene la culpa... por qué deja su sitio? dónde se halla?

POMPEYO.

Presente, coronel... estaba hablando con una señora... que es la que... (*Luisa le hace seña para que calle*) la que... en fin la que nos ha proporcionado esta hermosa casa!

RAYMOND, *quitándose la gorra.*

Señora... perdonad... no sabia... os doy las gracias en mi nombre y en el de mis camaradas por habernos cedido esta residencia... dicen que es un sitio delicioso! por desgracia no lo puedo ver, ni á la amable dueña que nos ha dado la hospitalidad.

LUISA, *con acento aleman.*

Es necesario hacer algo por los que tanto hacen por la Francia!...

RAYMOND, *con viveza.*

Sois francesa, señora? (*aparte*) tiene una voz que conmueve!

Marta hace señas á Luisa para que calle.

MARTA, *á Luisa.*

No digas nada que nos pueda descubrir... una impresion muy viva le seria funesta.

RAYMOND.

Callais?... Oh! hablad, os lo suplico... vuestras palabras tienen para mí tal encanto!

LUISA.

Sin embargo, nosotras las alemanas, tenemos siempre un acento.

RAYMOND, *aparte.*

Una alemana!

Queda pensativo.

POMPEYO.

Es verdad... un poco de godfordom!...

MARTA.

Cómo, coronel! ya estais pensativo, bien sabeis que os lo he prohibido, y yo soy vuestro superior ahora.

RAYMOND.

Si, sí, hermana... falto á la disciplina, pero se presentan á mi imaginacion tales recuerdos... las queria tanto!

LUISA.

Las queriais? á quién?

RAYMOND.

A dos hermanas encantadoras... las compañeras de mi infancia... la una se llamaba María, dulce, buena, caritativa, sin mas amor que el del cielo y el de su prójimo.

MARTA, *bruscamente.*

Bonitas cualidades para una muger.

RAYMOND.

La otra, Luisa... Luisa, tan viva, tan seductora... que con una sola mirada volvia loco á cualquiera!... pero una dicha pacífica no la bastaba... los homenages del mundo, los triunfos del amor propio, hacian solamente latir su corazon... era tan coqueta!

LUISA.

Qué mala cualidad!

POMPEYO, *aparte.*

Se hace justicia!

RAYMOND.

Yo debia haber amado á María!

MARTA.

No, á Luisa.

LUISA.

A María.

RAYMOND.

A Luisa amaba yo... Pero qué interés pueden tener para vos las aventuras de un pobre soldado ciego?

LUISA.

Mas del que os figurais.

RAYMOND.

Ella me dijo: «llega á ser general y mi mano es tuya.» Ya lo iba á ser, cuando una bala funesta!... Ah! mas valiera que me hubiera dejado muerto en el sitio.

POMPEYO, *aparte.*

Y á mí tambien!

MARTA.

Coronel Raymond, os he prohibido que os enternezcais, voto va c'en bombas!

RAYMOND.

Es verdad!... Deberia avergonzarme al sentir correr mis lágrimas debajo de esta venda!

MARTA.

Os he prometido curaros, y un soldado no tiene mas que su palabra.

LUISA, *con viveza.*

Qué? tendriais esperanza, hermana mia?... Mi buena hermana Marta?

MARTA.

Hoy levantaré el último vendaje... pero

antes de hacerlo he querido saber la opinion de los médicos del pais, de los cirujanos del ejército... Bien pronto vendrán aqui, y estoy segura de que pensarán lo mismo que yo... Sí, coronel, antes de mañana podreis leer vuestro título de general... Mas adelante se lo presentareis á la bella Luisa, y la direis con orgullo: he cumplido mi palabra, acuérdate de la tuya.

LUISA.

Y ella, estoy segura de que os dirá: Pablo, hé aqui mi mano.

RAYMOND.

Oh! bendita seais, hermana Marta... porque ciego y pobre como soy, Luisa se hubiera casado conmigo por piedad... pero yo no lo consentiria; no es su piedad la que quiero, sino su amor.

POMPEYO.

Entonces es negocio concluido... No hay mas que curaros, haceros general, y obtener el consentimiento del Emperador para el casamiento.

MARTA, LUISA.

Cómo?

POMPEYO.

Ciertamente... No sabeis que ha rehusado casarse con la hija de uno de sus ayudas de campo?... Una señorita... una señorita muy encumbrada.

LUISA, *aparte.*

Y por mí la ha dejado! Oh! Pablo mio! cuánto te amo!

POMPEYO.

De manera que el Emperador que es algo testarudo, nunca consentirá...

LUISA.

Yo haré por obtener ese permiso.

RAYMOND.

Qué! seriais tan buena... Mas qué puede interesaros tanto por mí?

LUISA.

Cuando recobreis la vista lo sabreis.

MARTA, *con aspereza.*

Basta, basta; no se hable mas... ya ha salido el sol con toda su fuerza... coronel, vuestro médico os ordena que vayais á recibir sus rayos al través de la venda.

RAYMOND.

Obedezco, obedezco, doctor... Ah! soy tan dichoso! Tu brazo, Pompeyo.

LUISA.

Tomad el mio, coronel.

RAYMOND.

Sois una escelente señora, deseo que seais bonita, y lo creo.

POMPEYO.

Y yo lo veo.

RAYMOND.

Buena y hermosa, las dos cosas se hallan bien reunidas.

LUISA.

Amo, coronel, amo por la primera vez... Ahí teneis el secreto de mi bondad.

MARTA, *aparte, á Luisa.*

Cuidado con decir...

LUISA.

No temas.

Raymond sale por el fondo apoyado en el brazo de Luisa.

ESCENA IV.

POMPEYO, MARTA.

POMPEYO, *mirando salir al coronel.*

No le hubiera creido tan sensible!

MARTA, *mirando tambien.*

Sí, le ama, estoy segura... (*dando sobre la espalda á Pompeyo*) Camarada, te volveré á tu coronel.

POMPEYO.

De veras? le veré completo? y gracias á vos. Ah! qué bien hacen en decir que sois el querubin de todos los pobres maltratados por la victoria! voto vá al diablo!... (*conteniéndose*) Perdonad.

MARTA, *sonriéndose.*

No te turbes por eso.

POMPEYO, *enternecido.*

Oh! vos no os haceis la asustadiza, porque sois buena y virtuosa!.. Esto se llama una muger! No es por adularos, pero mereciais ser hombre!

MARTA.

De veras?

POMPEYO.

Por eso el Emperador os ha tratado como á tal, (*mostrando las condecoraciones que ella lleva*) y ahí teneis la prueba.

MARTA.

De la que estoy orgullosa. Te acuerdas cuando gané algunas de estas condecoraciones? Cuando despues de tantos dias sangrientos, un contajio trajo la desesperacion y la muerte á nuestros hospitales, á nuestros campamen.

tos... yo quedé sola... pero Dios me dió valor.

POMPEYO, *exaltado.*

Ah! cuerpo de Cristo!.. Ay! escusadme! yo... mil rayos!

MARTA.

Sí, el cielo me dió valor, y tuve la dicha de arrancar á la muerte la mitad de nuestros valientes.

POMPEYO.

Oh! Bien me acuerdo... y entonces el Emperador... justo, el mismo dia que á mí me dieron esta reliquia (*muestra su cruz*) que gané matando sin compasion á los enemigos de la Francia.

MARTA.

Yo procuré siempre salvar las vidas de contrarios y amigos.

POMPEYO.

Y nos recompensaron cuando estabamos los dos, yo batiéndome, y vos curando los heridos.

MARTA.

Cada uno en su campo de batalla.

POMPEYO.

Voto vá! Cuando digo que sois digna de ser hombre... valeis por dos... por tres... por cuatro y un cabo... Mirad, hermana de los ángeles, si quisierais, os abrazaria.

MARTA.

Corriente... Entre caballeros de la Legion de honor, por qué no?

POMPEYO.

Allá voy! Viva el Emperador.

UN CRIADO, *saliendo del pabellon.*

Hermana Marta, el cirujano mayor del regimiento y muchos médicos acaban de llegar para la consulta, os estan esperando.

POMPEYO, *aparte.*

Mata sanos! no tengo confianza.

MARTA.

Camarada! te repito que salvaré á tu coronel, tan cierto como hay Dios.

POMPEYO.

Seguro de eso, tengo esperanzas en él... y en vos.

ESCENA V.

POMPEYO, *despues* JULIO.

POMPEYO.

Si yo fuera el Emperador, la nombraba cirujano mayor del ejército.

JULIO, *en el fondo, hablando con el centinela que no le deja pasar.*

No se pasa... no se pasa... (*entrando*) estos soldados son tan groseros!

POMPEYO.

No insulteis, viejo civil, á los de mi profesion, ó si no...

JULIO.

Otro! Cuidado que es mucho!

POMPEYO.

Hacedme el favor de iros á cantar á vuestra casa...

JULIO.

A mi casa? á mi casa? en ella estoy.

POMPEYO.

Puede ser, porque esta lo es de todo el mundo.

JULIO, *admirado.*

De todo el mundo!

POMPEYO, *mirándole.*

Pero, no me engaño... sois vos... no podeis ser mas que vos.

JULIO.

Menos franqueza, simple soldado.

POMPEYO.

Qué? no os acordais del viejo Pompeyo, señor Julio?

JULIO.

Señor Julio!.. el Conde Julio, maestro de capilla de los Reyes de Sajonia y Baviera!

POMPEYO.

Sois primer clarinete?

JULIO, *sin oirle.*

Pensionado por el Emperador de toda la Rusia.

POMPEYO.

Y yo por el de toda la Francia, con doscientos cincuenta francos al año.

JULIO.

Condecorado con la órden de santa Ana, de tercera clase.

POMPEYO.

Y yo con la de la Legion de honor, de primera clase... (*dándole en el hombro*) Dispensad si os humillo.

JULIO.

Me dá en el hombro... qué olvido de las condiciones respectivas! á mí! á un grande como yo!.. Te mando que me dejes, simple soldado.

POMPEYO.

Basta... os dejo, Conde simple.

Se entra en el pabellon.

ESCENA VI.

JULIO, *despues* LUISA, *despues* RIGAUD.

JULIO.

Cómo es esto? estoy en mi casa ó no? Por qué no sale un criado á recibirme? los echaré á todos sin pagarles. (*reflexiona*) Seria esta una burla de la diva? Oh! no, me ama demasiado para... (*sacando un billete*) Este billete dice mas que todo, dice muchas cosas... aunque en verdad es bien pequeño...

Se sienta y lee en voz baja sonriéndose.

LUISA, *saliendo*

Raymond ha vuelto de paseo tranquilo, dichoso... los médicos han llegado, y creo que curará... quiero que al abrir los ojos, vea lo que he hecho por él... sí, empleemos con astucia en su favor el crédito de mis dos necios adoradores, Julio y Rigaud... (*viendo á Julio*) aqui hay uno... bien!

JULIO, *mirándola y levantándose bruscamente.*

Ah! sois vos, diva mia? sois vos? ya me consumia de impaciencia!

Bien dentro.

LUISA, *viendo á Rigaud.*

Y ahora el otro... perfectamente.

RIGAUD, *que entra riendo.*

El Conde Julio ocupado militarmente; já! já! já! que cosa tan graciosa.

JULIO, *admirado.*

El proveedor ricacho!

LUISA, *á Julio.*

Cuánto lo siento! yo que queria estar enteramente entregada á vos...

Sonriendo.

RIGAUD, *que ha estado riendo, saluda con ridiculez à Luisa.*

Ya lo veis, no me hago esperar.

Luisa le hace seña de que calle.

JULIO.

Lo cierto es que mi casa de recreo, parece que ha sido tomada por asalto!.. Yo me quejaré al Emperador... y Rey.

LUISA.

No os incomodeis... yo tengo la culpa.

JULIO.

Cómo?

RIGAUD, *bajo, á Luisa.*

Por burlaros de él? sois divina!

LUISA.

Habeis olvidado que pusisteis vuestra hermosa casa á mi disposicion?

JULIO.

A la vuestra, si... pero no á la de doscientos hombres, sin contar con el señor.

RIGAUD, *burlándose.*

En el campo se debe recibir...

LUISA, *á Julio.*

Qué quereis? á pocas leguas de aqui, en un mal vivac, habia un regimiento que ha sufrido mas que los otros... les propuse vuestra casa...

JULIO.

Es posible?

RIGAUD.

Vos que sois tan buen patriota, os alegrareis mucho...

JULIO,

Alegrarme! alegrarme! yo lo creo! estoy muy satisfecho! mucho. (*aparte*) Me lleva el diablo.

LUISA.

Han puesto los heridos en vuestra hermosa galería... y los cuadros sirven de biombos.

JULIO.

Ay! qué vándalos! buenas habrán puesto mis cortinas de damasco!

LUISA.

Tranquilizaos... los soldados se han hecho con ellas escelentes blusas...

JULIO.

Y el gabinete griego?

LUISA.

Alli están las vivanderas con sus hijos.

JULIO.

Bonito me lo pondrán... pero no habrán tocado á los cristales, á las arañas...

LUISA.

Al contrario, se las han dado por juguetes á las inocentes criaturas...

RIGAUD.

Eso favorecerá la denticion de los angelitos.

JULIO.

Y mi jardin inglés?

LUISA.

Phse! algo estropeado...

JULIO.

Mi magnífico estanque?

LUISA.

Es el bebedero de los caballos.

JULIO.

Los peces encarnados?

LUISA.

Fritos.

JULIO.

Cielos! Y mis aves raras?

LUISA.

Guisadas.

JULIO.

Gran Dios! y mis conejos?...

LUISA.

Duermen en paz, y Pompeyo, mejor que ninguno, puede decir: (*dándose en el estómago*) esta es vuestra última madriguera.

JULIO.

Qué horror! qué abominacion! qué escándalo!

LUISA.

No griteis, hay tambien enfermos, entre ellos, uno que conoceis... el coronel Raymond.

JULIO, RIGAUD, *con inquietud.*

Raymond!

LUISA.

No temais... no es ya el Raymond que habeis conocido... los cambios, los azares de la guerra... está ciego.

JULIO.

Cuánto me alegro!... (*reprimiéndose*) Es decir, no, lo siento... pero eso le habrá desfigurado mucho. Eh?

RIGAUD, *aparte.*

Mas le quisiera tuerto, seria mejor para él... y estaria mas feo.

JULIO.

Pero es igual!... Sois capaz de preferirlo aun á nosotros.

RIGAUD.

Qué locura!

LUISA.

Podeis pensar eso, Julio?... Ya no será general... y yo necesito títulos...

JULIO, *aparte.*

Entiendo! Quiere ser condesa.

LUISA.

Fortuna...

RIGAUD, *aparte.*

Ya; deseará llamarse la señora proveedora.

LUISA.

De manera que soy dueña de mi palabra, de mi mano...

Echa á cada uno una mirada.

JULIO, *aparte.*

Qué mirada!

RIGAUD, *aparte.*

Qué ojos me ha echado!

JULIO, *bajo, á Luisa.*

Con qué Rigaud?...

LUISA, *idem.*

Jamás será mi esposo.

JULIO, *aparte.*

Bien! bien!

RIGAUD, *bajo, á Luisa.*

Y Julio?

LUISA, *bajo, á Rigaud.*

Le voy á despedir... dejadme hablar con él. (*alto*) Rigaud, si os quisiérais pasear un momento...

RIGAUD, *aparte.*

Entiendo, entiendo...

Se pasea.

LUISA, *á Julio que se ha acercado á ella.*

Qué torpe sois! Cómo no habeis adivinado que esta chanza no tenia mas fin que de ocultar el interés que me inspirais?

JULIO.

Ocultarlo! por qué?

LUISA.

Silencio! si supiera Raymond que amo á otro, seria capaz de cambiar de idea.

JULIO.

De cual?

LUISA.

Me llama ingrata, infiel! y me amenaza con casarse con otra muger que consiente en servir de Antígona á este nuevo Edipo.

JULIO.

Es preciso cogerle la palabra.

LUISA.

Yo bien quisiera... pero para ello necesita el consentimiento del Emperador.

JULIO.

Yo que estoy en favor, me encargo de él.

LUISA.

De verás? Oh! qué felicidad!

JULIO.

Lo que es á Rigaud, no le temo...

Muy satisfecho y cantando.

RIGAUD, *acercándose á Luisa.*

Parece que no lo toma muy á mal.

LUISA.

Disimula.

RIGAUD.

Sí... es verdad... pero por qué se atreve

á solicitar lo que yo?.. Raymond, no digo que no... y aun confesaré que me alegraria verle lejos de aqui.

LUISA.

Pues en vuestra mano está.

RIGAUD.

Cómo?

LUISA.

Iban á enviarle con una comision á Dantzik... hasta está firmado su nombramiento... pero temen que no cure nunca; vos que estais tan en favor con el general en gefe, id á verle, afirmadle atrevidamente que Raymond ha curado, traedme su nombramiento, la órden de partir... y entonces seré... seré muy feliz.

Mirándole con coquetería.

RIGAUD, *aparte.*

Será muy feliz! Ah! soy el mas afortunado de todos los contratistas en provisiones.

JULIO, *con fatuidad.*

Rigaud, quereis usar mi coche?

RIGAUD.

Gracias, amigo mio!

JULIO, *aparte.*

Está rabiando. (*á Luisa*) Adios, ó por mejor decir hasta luego.

RIGAUD.

Diva, divina, divinísima! os saludo... (*á Julio*) No es verdad que es muy bonita!

JULIO.

Encantadora!

RIGAUD.

El que la posea, será un tunante muy afortunado... Eh?

JULIO.

Sí, pero los otros...

RIGAUD.

Serán unos imbéciles.

JULIO.

Eso iba yo á decir.

RIGAUD.

Felices, maestro.

JULIO.

Lo mismo os deseo.

RIGAUD, JULIO.

Adios, adios.

Sale cada uno por un lado opuesto.

ESCENA VII.

LUISA, *sola.*

Pobres tontos! Casi me dá lástima... Pero por qué se atreven á quererme?... me humillan con su amor! bien merecen lo que hago con ellos... no pensemos mas que en mi querido Raymond, en la sorpresa que le guardo... Los médicos deben ya haber acabado, y no sé por qué no temo nada... nunca he sido tan dichosa!...

ESCENA VIII.

LUISA, POMPEYO.

POMPEYO, *entrando.*

Mil diablos!... mejor hubiera querido hallarme solo delante de una batería de cien piezas!

LUISA, *mirándole.*

Qué teneis, amigo mio? esa turbacion...

POMPEYO.

Es que... mi pobre coronel...

LUISA.

Teneis malas noticias que darme? Oh! hablad! hablad! os lo suplico! os lo mando...

POMPEYO.

Los médicos han dicho en la consulta, que el método de la hermana Marta era fatal, que no curaría.

LUISA.

Son unos ignorantes...

POMPEYO.

Sí, sí... unos ignorantes muy instruidos, y por eso temo...

LUISA.

No, yo no puedo creer... no quiero creer sus palabras... y ademas, qué me importa?.. si queda ciego. Yo le guiaré, le consolaré... Ese brillante casamiento que ha rehusado por mí, tal vez hubiera evitado... acaso no se hubiera hallado en aquella accion, no hubiera sido herido... Mi cariño no será inferior al suyo... seré su esposa.

POMPEYO.

Eso está muy bien, señorita, pero ya sabeis que ha dicho que no quiere vuestra piedad... que renunciará á vos.

LUISA.

Con que todo se ha perdido?

ESCENA IX.

Los MISMOS, MARTA.

MARTA.

No, Luisa.

LUISA, *corriendo hácia ella.*

Eres tú, Marta?

POMPEYO.

Nuestra hermana querida!

LUISA.

Ah! dinos, repíteme que esperas... que no le abandonas.

MARTA.

Hay algunas cosas superiores al saber de la tierra... sin embargo confesaré que yo tambien he dudado un momento... pero una inspiracion del cielo me ha vuelto mi valor.

POMPEYO, *conmovido.*

Ah! hermana Marta! hermana Marta! (*apretándola la mano*) No os digo mas que esto.

MARTA.

Y basta.

LUISA.

Con que tú crees á pesar de lo que han dicho...

POMPEYO, *enjugándose las lágrimas.*

Con que creis?..

MARTA, *bruscamente.*

Yo no creo nada si un viejo gruñon como tú se divierte en llorimiquear como una mujercilla... Todo pende de la voluntad del coronel... ves á buscarle y no digas nada.

POMPEYO.

Voy, camarada.

Entra en el pabellon.

ESCENA X.

MARTA, LUISA, *despues* POMPEYO *y* RAYMOND.

LUISA.

Marta, hermana mia, oh! no me engañes... sería muy desgraciada!

MARTA.

El, ignora el resultado de la consulta, y antes de hacer nada necesito su consentimiento... Silencio, aqui está.

RAYMOND, *entrando con Pompeyo.*

Como tiembla tu mano, Pompeyo! qué sucede?

MARTA.

Aqui estoy, coronel.

RAYMOND.

Los dos?

POMPEYO, *aparte.*

Los tres.

RAYMOND.

Qué han dicho los médicos?.. Callais!..

MARTA, *con firmeza.*

Os han condenado, coronel Raymond.

RAYMOND.

Lo esperaba!

MARTA.

Han dicho que mis cuidados os perjudicaban.

RAYMOND, *vivamente.*

Mienten.

MARTA.

Han añadido que si levantaba vuestro vendaje donde hubiese claridad, quedariais ciego para siempre.

RAYMOND, *despues de un movimiento.*

Y vos, qué pensais?

MARTA, *con seguridad.*

Yo... soy de opinion contraria, y os pregunto, Coronel, á quién creeis, si á ellos ó á mí.

RAYMOND.

Hermana Marta, poned la mano sobre mi corazon... y encontrareis la respuesta. Y si lo sentís latir, no creais que es de temor, no; es porque en este momento se decide la felicidad de mi vida, que es el amor de Luisa, su amor, por el que tantos sacrificios he hecho, y solo pensar que dentro de un instante puedo obtenerlo, ó perderlo para siempre, me hace estremecer: pero no, confio en vos y... estoy resuelto; quitadme la venda... quitádmela.

MARTA.

Con que, consentís en que levante el vendaje?

RAYMOND.

Lo quiero, hermana! lo quiero!

MARTA.

Sentaos y no os meneeis.

Le quita el vendaje.

LUISA.

Ay! las fuerzas me abandonan!

POMPEYO, *vacilando.*

Valor! valor!

MARTA, *á Raymond.*

Coronel, abrid los ojos... despacio... muy despacio.

RAYMOND.

Sí, sí.

Luisa muy ajitada se halla detrás de Pompeyo; Raymond está entre Pompeyo y Marta.

MARTA.

Y bien! Coronel?

RAYMOND, *con dolor.*

Nada... no veo nada... no hay esperanza para mí!

Movimiento general de tristeza.

POMPEYO, *llorando.*

Pues bien, coronel! qué le hemos de hacer?.. se vá á concluir la guerra... nos iremos los dos á vuestra aldea... y el viejo Pompeyo será vuestro guia, no os dejará nunca!

RAYMOND.

Esperad!.. no es una ilusion?.. el crepúsculo...el dia!.. la luz!.. Yo veo... yo... (*viendo á Marta*) María!.. María!.. vos! á vos os lo debo todo!!

MARTA, *mostrando á Luisa.*

Y á ella... que me ha hecho venir á tu lado.

RAYMOND.

Luisa! María! Oh! las dos, las dos sobre mi corazon!

Las abraza.

POMPEYO.

Cuerpo de tal!.. mil diablos!.. tengo gana de llorar... de reir... de jurar! no puedo decir una espresion... una palabra... Viva el Emperador!.. Viva el Emperador!

ESCENA XI.

Los MISMOS, JULIO, RIGAUD.

JULIO, *corriendo.*

Vengo sudando!

RIGAUD, *idem.*

Me vá á dar un tabardillo de tanto correr!

JULIO, *dando un pliego á Luisa.*

He salido con mi empresa, diva.

RIGAUD, *dando un pliego á Luisa.*

Hé aquí lo que os he prometido, divinísima.

LUISA.

Gracias, gracias, mis queridos amigos.

RAYMOND.

Qué es eso?

LUISA.

Lo que nos hacia falta, general.

TODOS.

General!

LUISA.

Ahí teneis el despacho... Y el permiso del Emperador para nuestro casamiento.

JULIO.

Pero, y el ciego?

RIGAUD.

Es verdad, y el ciego?

LUISA.

Ya no lo es.

RIGAUD.

Qué no lo es? Con qué derecho?

RAYMOND.

Gracias á mi buena hermana Marta.

POMPEYO.

Que tiene mas talento que todos los médicos del mundo!

JULIO.

La Rigaudiere, creo que se han burlado de vos.

RIGAUD.

Pues á mí se me figura que la burla ha sido para vos, querido cofrade.

POMPEYO, *alegremente.*

No hay que achacárselo el uno al otro, que ha sido para los dos.

RAYOMND.

Qué dichoso soy!.. he vuelto á encontrarme entre mis dos ángeles guardianes!

JULIO.

Estoy desesperado... y conmovido!.. Espectáculo sublime! compondré una ópera sobre las dos hermanas... La una cura las heridas del cuerpo, y la otra las del alma.

MARTA.

Cada una á su manera.

FIN DE ACTRIZ, MILITAR Y BEATA.

Madrid--Imprenta de D. PEDRO MORA Y SOLER, calle del Fomento, n 7.

MUSEO DRAMÁTICO.

COLECCION DE COMEDIAS DEL TEATRO ESTRANJERO, EJECUTADAS EN LOS PRINCIPALES DE LA CORTE.

Lleva publicadas las comedias siguientes y por el orden que se espresa.

	Rs.		Rs.
La Tercera Dama Duende.	6	Caer en sus propias redes.	4
El Ciego.	3	El Robo de Elena.	3
El Tio Pablo ó la educacion.	4	El Hijo de Cromwell, ó una restauracion.	6
La Penitencia en el Pecado.	6	El Duque de Altamura.	6
Un soldado de Napoleon.	4	¿Quién será su padre?	4
La Hija de Cromwell.	3	¡Es un niño!	4
Un Casamiento provisional.	3	De una afrenta dos venganzas.	6
En Paz y jugando.	3	Pedro el Negro.	6
Arturo, ó los remordimientos.	3	El Hijo del emigrado.	6
Una Audiencia secreta.	6	Por no escribirle las señas.	3
Trapisondas por bondad.	3	El secreto de una madre.	6
Un Quinto y un párvulo.	3	El ingeniero ó la deuda de honor.	6
Ricardo el negociante.	6	Enrique de Trastamara, ó los mineros.	6
El Marido desleal.	6	Un mal Padre.	6
Los Celos.	6	La ópera y el sermon.	4
El Idiota.	6	Caer en el garlito.	6
Las Cartas del Conde-Duque.	4	El amante misterioso.	4
Halifax, ó pícaro y honrado.	6	La Favorita.	6
La posada de la Madona.	6		

Se admiten suscriciones, al menos por diez y ocho comedias, las cuales forman un tomo, en Madrid en las librerias de Sanz (D. Pedro); Escamilla, calle de Carretas,

En las provincias se admiten igualmente suscriciones en las principales librerias, á los precios que marque la cubierta de cada comedia. Con la que completa el tomo se darán *gratis* para los Señores suscritores, una elegante cubierta, portada é

En los mismos puntos se hallarán ejemplares de todas las comedias pertenecientes al Museo, para los sugetos que gusten adquirirlas.

La direccion del Museo Dramatico se halla establecida en la calle de la Gorguera, núm. 13.

Imp. de D. PEDRO MORA Y SOLÉR, calle del Fomento, n. 7.